

2. HOMENAJES

Un tucumano en Buenos Aires¹

MIGUEL VELÁRDEZ

Tenía un plan: subir al tren, caminar por los dos últimos vagones, y conversar con los pasajeros. Ahí, donde el tren empieza a coletear, viajaban los más pobres, los que no llegaban a pagar el boleto en coche *pullman*. En su rol de periodista, Tomás Eloy Martínez gestionó un pase sin costo. En la oficina de la *Estrella del Norte* le concedieron un permiso oficial. Sólo podría trasladarse desde Retiro hasta la estación Migueletes, en el límite de la Ciudad de Buenos Aires.

Dentro de los vagones había tanta gente y tantas valijas, que le resultó imposible moverse como lo había planeado. Sin embargo, mantuvo algunas conversaciones con los ocasionales acompañantes y le bastaron para escribir una crónica sólida sobre los tucumanos que llegaban a Buenos Aires en busca de una nueva vida. Todavía no era el autor que llegamos a conocer después como escritor, periodista, crítico de cine, y maestro de reporteros. Era tan sólo un joven de 26 años, que vivía en Buenos Aires, y escribía para LA GACETA de Tucumán.

Eran tiempos de una Buenos Aires en sepia, a comienzos de marzo de 1961. La gente caminaba por la calles con sombrero, la mayoría vestía de negro y gris, empezaba a quedar en desuso el servicio de tranvías, y el principal medio de trans-

¹ Este texto que presenta las crónicas reproducidas a continuación han sido publicadas en *Relatos infieles*. Tomás Eloy Martínez / Carmen Perilli... [et al.] Carmen Perilli (compiladora), por EDUNT (2016).

porte de larga distancia seguía siendo el tren de pasajeros. La actividad comercial se reforzaba con el tren de carga. El ritmo de Buenos Aires se medía por la conexión de los ramales, como un complejo sistema nervioso que le marcaba el pulso a la gran ciudad. En aquellos tiempos, cuando los artistas salían del teatro Colón iban directo a la Confitería Nobel, en la esquina de Corrientes y Suipacha. En esas mesas se reunían las estrellas del espectáculo con su público y se mezclaban, como viejos cómplices, entre brindis y cafés, después de las veladas del Colón. También llegaban las figuras del cine argentino. Había mesas ruidosas de conversaciones en las que se podía ver a directores como Leopoldo Torre Nilsson, Hugo del Carril, Armando Jorge Bó, y Francisco Mugica, que ese año iba a estrenar *Mi Buenos Aires Querido*. Esas noches bohemias atraían a un desvelado, pero entusiasta periodista que se abría paso en la crítica de cine.

Los tucumanos llegaban a Buenos Aires, como lo hacían otros provincianos del Norte, de Cuyo, y del Litoral, con una mano adelante y otra atrás. Cargaban el sueño de una nueva y próspera etapa en la capital del país. Algunos eran impulsados por familiares que habían partido antes; otros, afligidos al extremo por las condiciones económicas, emprendían el viaje con lo puesto, guardando el orgullo en un bolsillo, y cargando en la espalda el mejor de los anhelos para sobrevivir, forjar un destino, *trabajar de lo que sea* y construir un hogar.

Arturo Frondizi gobernaba en la Argentina, mientras en Tucumán la máxima autoridad era Celestino Gelsi, un hombre que sería recordado por la realización de obras públicas como el dique El Cadillal, el hospital de Niños, y la Maternidad. Sin embargo, a comienzos de la década del 60, la proscripción del peronismo aumentó la incertidumbre política, y la oposición de los sindicatos azucareros generó conflictos gremiales muy fuertes, que dañaron la paz social. Entre 1960 y 1961 se sucedieron huelgas de docentes, y de productores azucareros. La crisis fermentó en el campo y entró en ebullición en la capital tucumana con la llamada *Marcha del Hambre* en la que más de 25 mil personas se congregaron en la plaza Independencia. Los productores cañeros acamparon frente a la Casa de Gobierno y durante los días que duró la protesta, los manifestantes llegaron incluso a faenar ganado, en pleno centro, para alimentarse. Después fueron reprimidos por la Policía lo que provocó una convulsión social. Ante ese escenario, miles de tucumanos intentaban

torcer el destino con la mirada puesta en Buenos Aires. A comienzos de 1961, los registros de la época daban cuenta de que unos 180 mil tucumanos vivían en Buenos Aires tratando de escapar de la crisis.

Tomás Eloy Martínez salió a buscar los personajes, a caminar, a gastar la suela de los zapatos, a prestar atención a los diálogos en los bares, a escuchar las tonadas para identificar a sus posibles entrevistados. En aquel tiempo sólo usaba papel y lápiz para tomar nota. Algunos desconfiaban de él, a pesar de mostrar su carnet de periodista, y no respondían a las preguntas sobre sus vidas anteriores en Tucumán. Otros dejaban ver su alma deshilachada por el sueño inconcluso de conseguir un buen empleo para vivir. Hablaban del desapego, de la melancolía, del olvido, de la angustia, del resentimiento, de la distancia, del desarraigo, de la familia que espera lejos, bien lejos.

Con 23 años, Tomás Eloy Martínez se había graduado como Licenciado en Literatura Española y Latinoamericana en la Universidad Nacional de Tucumán. Hasta 1957 había pasado por corrección de pruebas y otras áreas de la redacción de LA GACETA. Cuatro años antes de aquella crisis social azucarera que aplastó a Tucumán, el joven Tomás Eloy había dejado su provincia natal para instalarse en Buenos Aires con la idea de afianzar su profesión en el periodismo. Llegó a la Capital Federal con muy buenas recomendaciones; no le costó demasiado conseguir un espacio en la redacción del diario LA NACIÓN, donde fue crítico de cine hasta 1961. Ese mismo año en que estalló la protesta en plaza Independencia se potenció la migración interna. Todos los días, los vagones del tren llegaban a Retiro atestados de jujeños, salteños, santiagueños, catamarqueños y, por supuesto, tucumanos. Entonces decidió que volvería a publicar en LA GACETA. Le propuso al diario enviar sus crónicas desde Buenos Aires.

En aquel tiempo, la Sección Teatro y Cine estaba a cargo del escritor y periodista Julio Ardiles Gray. El *Chivo*, como le llamaban sus colegas en la redacción, era un hombre destacado en el ámbito cultural de Tucumán. Integraba el memorable grupo *La Carpa*, que formaron los poetas y escritores de la región. Daniel Alberto Desein, editor de LA GACETA Literaria, ejercía una suerte de padrinazgo profesional de Tomás Eloy Martínez. Desein fue quien descubrió las pinceladas de un autor en ciernes y promovía sus textos en La Gaceta Literaria de los domin-

gos. Ardiles Gray y Dessein no dudaron en aceptar las crónicas sobre los tucumanos en Buenos Aires.

Escribía como un novato; todavía sin estilo propio, pero ya se notaba cierta avidez por la estructura narrativa, el uso de herramientas literarias en el ejercicio periodístico del texto y la descripción de escenas para darle forma al relato. A pesar de su juventud demostraba el trabajo riguroso de un periodista que caminaba la calle para encontrarse cara a cara con los entrevistados, sentir el mismo aroma, pisar el mismo suelo.

Con olfato periodístico descubría personajes pintorescos, con una marcada tonada tucumana. Aparecieron historias de gente resignada a que la bonanza económica se reducía a algo tan simple como tener dinero para comer, dormir, y comprar cigarrillos. Y eso les bastaba para levantarse al otro día y volver a empezar. Otros personajes no querían saber nada con la idea de regresar a Tucumán, aunque el esfuerzo era doble para subsistir. Ser chapista de día y acróbata en un parque de diversiones, de noche. La miseria, el hambre, las ansias de progreso se fundían en las voces de la calle. La posibilidad de volver, la ansiedad del recién llegado a la capital siempre estaba latente alrededor de la estación de trenes. La gente que iba y venía por los andenes. Sus textos fueron un retrato de la vida cotidiana a principio de la década del '60.

Estas crónicas comenzaron a publicarse en LA GACETA, dos o tres veces por semana, bajo el austero título de *Tucumán en Buenos Aires*. La repercusión fue inmediata. Los lectores seguían sus textos con la añoranza de quienes pretendían vender sus pertenencias y partir al nuevo rumbo. Sin embargo, Tomás Eloy Martínez exponía con rigor periodístico que Buenos Aires no era el destino asegurado. Nadie sabía de qué lado podía caer la moneda al llegar a la gran ciudad. Entrevistó a un ex futbolista, postrado en la cama de un hospital, con una pierna menos, y que añoraba los tiempos en que era ovacionado en el estadio de Atlético Tucumán. A una mujer que ocupaba el tiempo, a cambio de unos pocos billetes, atendiendo un quiosco de tiro al blanco en un puesto de feria como en las carpas de los viejos circos que iban de un barrio a otro. Ella prefería no revelar su pasado en Tucumán. No todas son historias oscuras de frustración. En un café de la avenida de Mayo conversó con un comerciante próspero al que le había ido muy bien en Buenos

Aires. Su campo de acción se había agrandado en la capital y no pensaba regresar por nada del mundo. Decía no tener motivos para extrañar el aroma de la cosecha ni el sabor de la caña de azúcar.

En otra ocasión, el joven reportero habló con un diputado nacional que pasaba más tiempo en Buenos Aires que en Tucumán. Entrevistó a una vendedora de empanadas. Doña Francisca González pensaba que haciendo empanadas *igualitas a las que hacía en Famaillá* se iba a hacer rica. Pero descubrió que Buenos Aires era una ciudad dura, difícil, costosa, impredecible y solitaria. Era una mujer de 65 años que seguía peleando por una nueva vida. Tomás Eloy Martínez la describió como *una mujer de cabellos oscuros y pesados, sin una cana, con las arrugas fuertes en el rostro, que hizo sus amistades y que ya no tenía ánimo para volver a Tucumán*.

Sus personajes hablaban de la nostalgia por el Tucumán que habían dejado atrás por obligación. Algo que Tomás Eloy Martínez viviría en su propio pellejo, mucho tiempo después, durante el exilio en Venezuela. El frío y la tristeza se colaban en su escritura. En esta serie de crónicas, sobre tucumanos en Buenos Aires, publicadas entre marzo y abril de 1961, revelan a un reportero en estado puro, todavía sin pulir. Sirve para comprender que el escritor, el periodista, el autor que conocimos después, no nació de la noche a la mañana, como quien hace un chasquido de dedos, sino que fue un proceso de evolución que se amoldó con el paso del tiempo. Pero que, a esa altura de sus comienzos, ya citaba a William Faulkner, en sus textos. Aparecía aquí un Tomás Eloy Martínez como una piedra maciza sin molduras estéticas, pero con destellos que avizoraban una escritura asentada en raíces firmes para desarrollarse tanto en el periodismo como en la literatura.

Más de cuarenta años después de aquellas publicaciones, en agosto de 2004, Tomás Eloy Martínez llegó a Santiago de Chile y se alojó en un hotel de Providencia, una de las zonas más coquetas de la capital chilena. Estaba a punto de pasar una semana y media con otros 16 colegas de Latinoamérica para dictar su taller de periodismo narrativo, organizado por la Fundación que presidía Gabriel García Márquez. Aquella vez conocí en persona al escritor y maestro de reporteros. Acababa de publicar *El cantor de tango* y enviaba sus columnas semanales al diario LA NACIÓN. Todavía recuerdo aquella semana en Chile, en que Tomás Eloy Martínez nos hablaba del patrimonio de un periodista (su firma, su buen nombre y honor).

Resaltaba que había que defender ante los editores el tiempo que cada quien necesita para escribir un buen texto y el espacio que necesita dentro de la publicación. Advertía que no debíamos escribir una sola palabra de la que no estuviéramos seguros, ni debíamos dar una sola información de la que no tuviéramos plena certeza. Aconsejaba utilizar siempre un lenguaje claro, conciso y transparente. Destacaba día a día que el periodismo es, ante todo, un acto de servicio; es ponerse en el lugar del otro, comprender lo otro. Y, a veces, ser otro. En ese taller de Chile ninguno de los jóvenes reporteros imaginábamos que esos sabios consejos formaban parte de un borrador que el maestro pulió y luego publicó como el decálogo del periodista.

Hoy en día, mientras, muchos periodistas prefieren atornillarse a una silla con el teléfono en la oreja y los ojos en las redes sociales, sin salir a la calle a buscar las historias, conviene revisar estas crónicas de un periodista que, desde joven, estaba convencido de que había que pensar en el interés del lector más que en el lucimiento propio. Leer estas crónicas de Tomás Eloy Martínez es retroceder en el tiempo para descubrir a un hombre que hizo de la profesión un ejercicio de coherencia con la palabra, con lo escrito y con los hechos.